

Guillermo Cabrera Infante

UN RETRATO FAMILIAR



Retrato de familia con Fidel, de Carlos Franqui, no declara en su excelente título dónde queda Fidel Castro en el retrato, si a la derecha o a la izquierda. Al leer las 550 páginas del libro se ve claro que Castro está, como Dios en Cuba, en todas partes. Pero en el retrato, mentalidad militar, va al frente. El título justifica enteramente el retrato que da origen al libro. Son dos retratos en realidad. O más bien dos versiones del mismo retrato. Esta vez, como otras veces en los últimos cien años, el retrato es una fotografía no un óleo. Tomada al final del régimen de Batista, o poco después de su caída estrepitosa de Humpty Dumpty mulato, en la foto Franqui tiene una barba negra, hirsuta y salvaje que recuerda no a la imagen de un guerrillero que ganó sino al aspecto que debió tener Robinson Crusoe, solitario en su isla, poco después de su rescate —es decir cuando fue de nuevo capturado— por la civilización. La foto, al repetirse, cambia y se convierte en un documento curioso. En la segunda versión (las dos fotos llenan ahora la cubierta del libro, cada versión teñida en un tono diferente: sepia y verde, pero para respetar las convenciones de la simbología del color me habría gustado que la primera foto fuera verde y la segunda sepia: el color de la esperanza sustituido por el simil de cuero militar) está Fidel Castro como siempre en primer plano y ante él aparece un locutor ya arribista y aún anónimo. Pero entre los dos hay un raro vacío, un hueco blanco que es ese hueco negro de la historia totalitaria que no se hace sino que se escribe y rescribe siempre: la-tela en que Penélope borda la imagen de un Ulises constante, inconstante. Esa oquedad es Franqui; que ha desaparecido del cuadro! Un pase de mano y ya no está más en la historia de Cuba revolucionaria, de la Revolución, del futuro. Como quien dice de la eternidad histórica. Pero ¿es posible? Claro que es posible. Es más, es de rigor. Incontables son las fotografías en que Trotsky aparecía junto a Lenin y por orden de Stalin ahora se ve a Lenin solitario. Goebbels hizo expurgar gráficamente a Ernst Roehm

cuando estaba junto a Hitler: ahora el Fuhrer estaría solo como un águila solitaria de no haber sido derribado en pleno vuelo histórico.

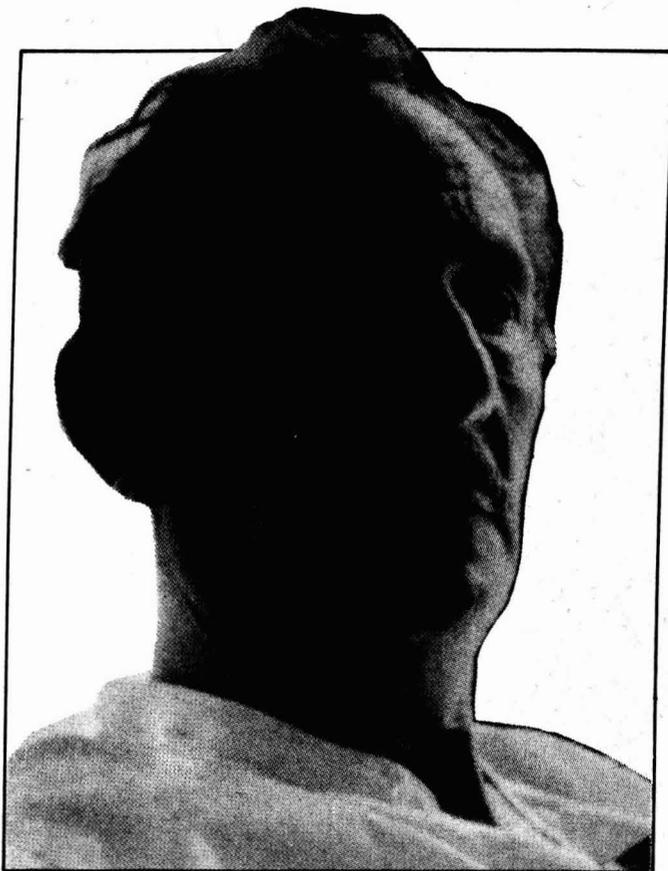
La primera versión de esta fotografía cubana curiosamente histórica, cuando debió de ser banal y olvidable de haber dejado quieto al texto y no convertirlo en palimpsesto, fue publicada en el diario *Revolución* cuando lo dirigía Carlos Franqui en 1962. La segunda versión, aparentemente definitiva para ojos abiertos cubanos y miopes extranjeros, apareció en el diario oficial *Granma* en 1973. En once años Franqui había pasado de ser dirigente de la Revolución, influyente guerrillero que ponía y quitaba rey (o por lo menos ministros) y uno de los personajes más conocidos del régimen en Cuba y en el extranjero para convertirse en unapestado peligroso, en una no persona y finalmente en un hombre invisible para la hagiografía castrista. Carlos Franqui, ese judas mínimo, no podía coexistir con Fidel Castro, mesías máximo, ni aun en una foto. El castigo fue borrarlo no de una descarga sino como en una de esas historias de ciencia ficción en que al diputado del héroe (nunca al héroe) le apuntan con una pistola de rayos evanescentes, oprimen el gatillo del arma futurista y el segundo eliminable desaparece del todo, esfumado, en un segundo. *Sic transit rebeldis*.

Cosa curiosa, para retocar o alterar esta foto se usó un esfumador que no era en modo alguno el sutil pincel maoísta del arte político chino ni la grosera pluma rusa para desembarazar a Stalin de camaradas moribundos ni el retoque fotográfico al uso. Fue, extrañamente, la misma técnica con que *Playboy* antiguamente se aplicaba a eliminar un pubis excesivamente negro o senos todavía crudos: era el soplete retocador que opera con tinta invisible. Pero ¿para qué tanta preocupación por eliminar a Franqui de la foto? Se le ve sólo al fondo y no desmerita a Fidel Castro en primer plano. Inclusive un historiador inglés que conoció a Franqui después de haber dejado de usar barba (una barba es una suer-

te de disfraz), aunque intimó con él, al tener el libro en la mano, mirar atentamente su cubierta y ver la foto truncada me preguntó: “¿Pero quién es ese hombre en medio de la primera foto que desaparece después?” Tuve que explicarle que ese era Carlos Franqui que lleva a cabo, ya sin red, un acto de escapismo que le habría envidiado el Gran Houdini: desaparece un camarada. Ambos, Fidel Castro y Franqui, contribuyeron a que ese número de la sombra que pasa tuviera un éxito total en la isla y parcial en el extranjero. El libro de Franqui ahora explica como se realizó el escamoteo. Como ciertos actos de magia es más fascinante la explicación que el truco mismo. Si Fidel Castro fue un Mandrake el Mago marxista, Franqui es sólo el hombre que perdió su imagen. De intocable Lotario que acompañaba siempre a Mandrake pasó a ser retocado Schlemihl, a quien el diablo rojo robó su sombra. Pero este hombre invisible (¿pero por qué desaparecieron a Franqui?: la respuesta es la paranoia totalitaria) coge ahora pluma y papel visible —y escribe. Cómo lo escribe es tan interesante como lo que escribe: magia total de la escritura.

Carlos Franqui es uno de esos raros casos de un revolucionario que decide (o es impelido por la inercia política) convertirse en escritor: Franqui que era moroso (o cauto) hasta para responder una carta desde el poder. Tiene antecedentes ilustres sin embargo. Uno de ellos, el eminente, es Trotsky, salvando las distancias parciales y la cabeza entera. Franqui, al revés de Trotsky, ingresó desde joven en el partido comunista cubano y sin ninguna vacilación. Por su edad debía militar en la Juventud Comunista, pero era entusiasta y por tanto útil a la causa. Pobre de nacimiento, campesino que no pudo gozar siquiera el privilegio de una ciudad cercana o de un pueblo de campo, Franqui era lo que se llama en Cuba un guajiro macho, un montuno, un campesino remoto. Pero tuvo la suerte de que lo encontrara una maestra extraordinaria, Melania Cobo, que era negra como su nombre y con completa cultura: uno de sus hijos llegó a ser un notable crítico musical en La Habana. Melania Cobo le sembró a Franqui la semilla del interés por la cultura bien temprano, como para que creciera con la inquietud política que Franqui llevaba ya adentro cuando Fidel Castro era todavía un aprendiz de jesuita. La tenacidad heroica del padre salva a Franqui niño de la muerte inminente de un apéndice reventado, corriendo leguas al galope desesperado de un mal caballo hasta el hospital de emergencia en la ciudad. Desde entonces, con el mismo callado heroísmo, Franqui ha ido salvando su propia vida espiritual y física. La vida física ha tenido que ponerla demasiadas veces en peligro por su fe en dos o tres ideas que son todo menos contradictorias. Su vida intelectual ha colocado al hombre en múltiples situaciones azarosas. Decir cómo Franqui ha franqueado estos obstáculos en oposición llenaría un tomo —que su modestia, estoy seguro, impediría completar. En este libro de ahora Franqui cuenta solamente su relación con Fidel Castro y ni siquiera llega a su fin en la isla ni a su fuga dramática ni a su exilio peripatético posterior.

Franqui tampoco quiere contar el principio: cómo siendo corrector de pruebas en el diario comunista habanero *Hoy* fue ascendido primero a corrector de estilo para “subir” a la Redacción, ese cielo del corrector. Más tarde tuvo que sustituir a un corrector de pruebas amigo, que era un fanático del cine y del comunismo, sólo por las pocas horas que dura un estreno y ese lapso de tiempo, hecho de azar y de ideología dogmática, cambió toda su vida. Ocurrió una errata crucial en un editorial (que decía algo así como el triunfo total del comunismo nunca tendrá lugar, herejía atroz) y aunque se



Carlos Franqui

probó que la culpa teológica fue de un editorialista entretenido no de un corrector malintencionado, hubo una reunión de autocrítica a la que Franqui se negó a asistir —y fue echado del periódico, expulsado del partido por contumacia y difamado acuciosamente. Lo sé bien porque no sólo ya conocía yo a Franqui sino porque mi padre era redactor del mismo diario, viejo comunista él también.

Desnudo en ese doble frío ideológico en el trópico, Franqui fue a refugiarse en el magazine de otro expulsado comunista, veterano y herido en la guerra civil española, redactor de *Hoy*, antes y ahora anticomunista activo. Franqui se dio cuenta pronto de que este Rolando Masferrer (que terminaría su vida siendo volado en pedazos irreconocibles con su auto en el tortuoso exilio en Miami: murió como había vivido, peligrosamente) se había convertido, casi sin saberlo, de anti-comunista convencido en gangster de pandillas y en asesino a sueldo. Franqui dejó este asilo precario para volver a la indigencia. Al poco tiempo emprendió su primera aventura sigiliosa al embarcarse en una expedición hacia la República Dominicana para derrocar a Trujillo. En esta empresa suicida coincidieron también, enemigos jurados, Masferrer y Fidel Castro, que entonces pertenecía a otra pandilla habanera, asesina y audaz, la UIR, rival a muerte (de veras) del MSR que lideraba Masferrer. No sería la primera vez que Franqui y Fidel Castro estarían juntos en un intento antidictatorial, pero fue la última vez que los acompañó Masferrer. Pronto cada uno escogería la asociación o la enemiga contra Batista, de nuevo dictador de Cuba.

Aunque Franqui no participó en el ataque al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, que comandó Fidel Castro, no se sumó al asalto por no saber que iba a ocurrir: Franqui militaba entonces en otra organización antibatistiana. Pero al leer en *samizdat* el discurso de Castro ante sus jueces (“La historia me absolverá” —que ahora se sabe apócrifo), su último dado político ya estaba echado, aunque no aboliría el

azar del tirano. Franqui y Fidel Castro se comunicaron muchas veces por carta durante su presidio y cuando Castro salió libre, a la puerta del presidio batistiano estaba Franqui esperándolo, aparentemente como periodista enviado por la revista *Carteles*, en realidad como partidario enragé. Franqui había sido nombrado en el interim dirigente nacional del Movimiento 26 de Julio y luego fundó el periódico *Revolución* en la clandestinidad. Puesto preso por la policía política de Batista, fue torturado y casi asesinado (riesgos que nunca corrió Castro) y finalmente fue a parar a la cárcel. Pero, igual que Castro, fue liberado: Batista era un tirano a ratos. Casi enseguida cogió el camino del exilio, en México y en Nueva York. Poco después seguiría la ruta que iba a la Sierra Maestra, donde ya Fidel Castro estaba instalado como guerrillero epónimo, aunque distaba de ser un veterano. En la Sierra (nombre genérico que fue después una definición política, casi teológica: en la Sierra estaban los buenos: el cielo del buen marxista) Franqui organizó la Radio Rebelde, que fue a la guerrilla en Cuba lo que la BBC inglesa a la guerra en Europa. No sólo ofrecía información veraz sino que era guía para la acción política.

Al huir Batista y producir la estampida de sus secuaces, Franqui, de regreso en La Habana por primera vez desde su prisión en 1957, legalizó el diario *Revolución*, verdadero levitán político y, hay que decirlo, cultural también. Después de esta culminación todo fue como una suerte de caída lenta para Franqui, hombre sin gracia, hombre en desgracia. *Retrato de familia con Fidel* cuenta esta historia, esta parte de la historia de Cuba y, hombre *sui generis*, Franqui cuenta su historia única: de comunista juvenil a activista clandestino, de guerrillero a periodista y potencia política, de hombre de confianza de Fidel Castro (realmente un oximoron) a sospechoso vigilado por sus servicios de seguridad, de exiliado sin voz a escritor idóneo de la historia actual de Cuba, de apestado y paria de la isla a persona temida por Castro y por los círculos castristas europeos, todos convertidos en informantes y peones del astuto ajedrez castrista en el que hay un solo rey en el tablero. Franqui sabe demasiado y como en el código de deshonor de la piratería, los muertos no hablan. Pero este libro son las memorias de ultratumba política de Franqui.

En *Retrato de familia con Fidel* Carlos Franqui, como el periodista que fue, ofrece primicias y noticias, algunas sensacionales. La más escandalosa fue recogida por las agencias internacionales y hasta publicada por la revista *Time*, pero es bueno repetirla. Dice así más o menos: Fidel Castro, de visita en una estación de cohetes instalada en el occidente de la isla y comandada por rusos en secreto absoluto, pregunta inocente a un técnico bilingüe cuál es el botón que dispara los misiles. Se lo muestran. También le dejan ver una pantalla de radar que en este momento revela la presencia del vuelo regular del avión de reconocimiento americano sobre la isla. Con gesto audaz Fidel Castro oprime certero el botón (en realidad la puntería es del cohete autónomo, no de quien lo dispara: Castro siempre creyó más en el gatillo que en la bala) y los técnicos rusos, consternados pero apocados, se limitan a ver su cohete autómatas ascender al cielo verde del radar y juntarse veloz con la mancha del avión, observador observado. En un segundo las dos manchas desaparecen de la pantalla del radar. Estos aviones recorrían el espacio aéreo de Cuba, invariables y puntuales como vuelos comerciales, del oeste al este de la isla desde 1961. Ni siquiera los rusos se alteraban ya con esta presencia fantasmal en sus radares cada día —sólo la anotaban en su bitácora. Pero Fidel Castro, que quiere la guerra, la conflagración y el apocalip-



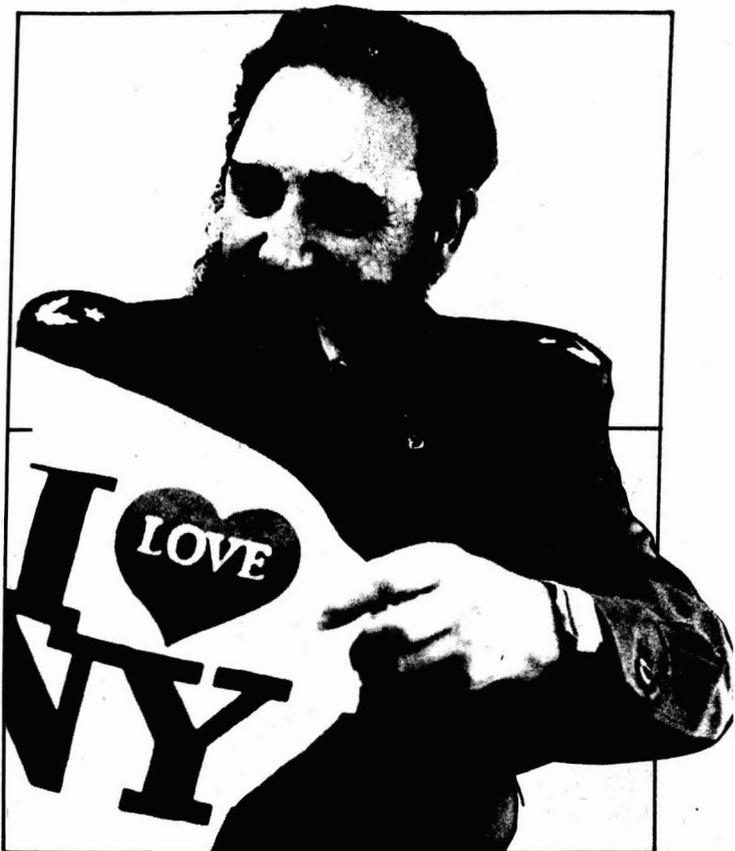
sis ahora, se atrevió a derribar el U2 desarmado, lo que resultó de veras inaudito para los técnicos militares rusos, veteranos de la guerra fría y del juego de escaladas. Así, la única baja de la guerra no declarada de octubre de 1962, póker de potencias, su muerto solitario fue aniquilado por un jefe de estado posando como artillero. Para hacerlo Fidel Castro había usado el sofisticado arsenal ruso. Durante años los políticos rusos (Brezhnev más severo que Khrushchov) habían considerado a este líder exótico pero pintoresco como un hombre peligroso en potencia. Ahora sabían que era un peligro en activo. Esa realización tardía le costaría el puesto a Khrushchov.

Pero más significativo para los historiadores que conocen bien a Cuba es saber por este retrato fidelista que el verdadero estratega de la batalla de Bahía de Cochinos no fue Fidel Castro, comandante en jefe ordene, como siempre se aseguró en Cuba y en otras partes, sino un enigmático general Ciutat, que como el teniente Kije era un soldado invisible ruso. Ahora se sabe que Ciutat era general del ejército rojo aunque español nativo y veterano de la guerra civil, en la que fue comandante para luego exilarse en Rusia bajo Stalin. El general Ciutat era un stalinista convencido de siempre y leal a los rusos ya desde España. El alto mando ruso le designó para planear la estrategia del combate contra el desembarco de la CIA, tenido tan en secreto que la KGB poseía copia de los mapas de desembarco meses antes de que la guerrita tuviera lugar. Doble engaño para dobles crédulos. El comandante en Jefe mayúsculo, aun antes de declararse socialista, ya era una ficha más en la estrategia global soviética. Literariamente, lo confieso, es tan sorprendente como descubrir que el héroe de Tolstoy, el general Kutuzov, nunca mandó el ejército en la batalla de Borodino: un mariscal inglés desconocido daba todas las órdenes de incógnito. Los historiadores — aun el inglés Hugh Thomas, quien más sabe

sobre Cuba en Europa — tuvieron que revisar sus textos y sus conceptos. Es que el verdadero genio de Fidel Castro está en el engaño que ha practicado desde el principio, aun antes del principio, como fin: es de un maquiavelismo de veras extraordinario. Pero más extraordinaria ha sido la capacidad de todos, los de ayer y los de hoy, para dejarse engañar voluntariamente. En este aspecto hemos sido magníficos cornudos. Lamentablemente se trata de una farsa que se repite como una tragedia colosal que lleva todavía el mismo título: Revolución Cubana.

A lo largo de este retrato que es en realidad una crónica de familia (Fidel es el hermano mayor, no por edad sino por proezas políticas, Raúl es el hermano menor, feo y cruel, y Ramón es el hermano mayor cronológico, el granjero de esa finca propiedad de los hermanos Castro que se llama Cuba —pero curiosamente jamás se menciona a otro Castro, esta vez una hermana Castro, Juanita, infima en la familia, eminente en su encono del exilio contrarrevolucionario y quien debe ser, según la fábula familiar, la hermana mala, díscola y traidora) se repite una palabra clave: orgasmo. Franqui la usa como metáfora del poder y a la vez como la única recompensa del poder: el mando como proyección del sexo: el triunfo es su clímax y en el caso de Fidel Castro el orgasmo no es eyaculación sino jaculatoria. No en balde Lady Macbeth, al tratar de ayudar eficaz a su marido usurpador, reclama: “*Unsex me here!*”. Deséxenne, dioses. Es la pujante penetración del poder lo que desea Lady Macbeth y para la que, antes que nada, no hay tener sexo: sin sexo se sube al trono de sangre. Fidel Castro es efectivamente todo menos un ser sexuado. Tampoco lo eran, según evidencia irrefutable, ni Hitler ni Stalin. La libido del tirano lo impele hacia el poder absoluto. Las masas son la carne deseada, el cetro (y en el caso de Castro es la pistola perenne al cinto) es el pene siempre erecto y cada asiento en el trono es un coito y una defecación: el placer anal-genital. Los vociferantes discursos carismáticos que controlan la masa son pura gratificación oral. Mi terminología es odiosamente freudiana, lo sé, pero como Franqui enumera los sucesivos orgasmos de Fidel Castro, la única interpretación marxista quería que cada orgasmo fuera una pura proyección política. Por supuesto, me repugnan tanto los supuestos de Marx como los presupuestos de Freud, pero como estamos en una época en que no se puede rehuir la invitación al sofá freudiano para compartir su análisis erótico o rechazar la dialéctica materialista porque parece otro chiste de todavía otro hermano Marx, hay que fatigar el mueble vienes cuanto habitar el *flat* del Soho. Débil es la mente.

Franqui en su libro perpetra todavía un pecado que solíamos cometer todos en el periódico *Revolución* (y en toda Cuba) por el tiempo en que Sartre visitó la isla. Al conocer una nueva arbitrariedad, fechoría o crimen del régimen tenía mos una excusa siempre a mano y nunca a boca una explicación: “Seguro que esto no lo sabe Fidel”, “Esto es cosa de Raúl claro”, “No es más que una argentinada del Che”, “Ramiro Valdés es el responsable por ser ministro del Interior”. (¿Quién se atrevía a pensar que Ramiro Valdés había sido nombrado ministro del Interior precisamente por Fidel Castro?). “Fidel no sabe nada de nada”. Como se ve es una variante múltiple a la negativa a creer en atrocidades o síndrome del creyente temeroso de que el santo pueda ser mancillado. Albert Speer repite el esquema a menudo al hablar de Hitler y sus desmanes y confiesa que otros líderes nazis empleaban frases semajantes como una suerte de exorcismo: “De seguro el Fuhrer ni se ha enterado”. Lo mismo ocurrió con Stalin en sus días —y noches de Moscú. “Apuesto a que



el Camarada Stalin no sabe lo que está haciendo Dzherzhinsky”, confesó Khrushchov retrospectivo. Por supuesto, donde dijo el jefe de la policía secreta Dzherzhinsky, podía haber dicho Yagoda. O Beria. O el verdugo de turno cargando con la culpa del juez. Los culpables siempre variarán pero el inocente eterno será siempre el mismo: Hitler, Stalin, Fidel Castro. Ahora Franqui se encuentra todavía cogido en la vieja trampa ideológica y exclama casi: “No es posible que Fidel fuera esto”. No lo hace, claro, con ánimo de excusar al tirano ni de echar la culpa a sus tenientes. No es Mefistófeles el diablo sino Lucifer: aquel diputado es un condenado más. Es que Franqui es finalmente un humanista: cree en el hombre. Es un hombre que se niega a creer que los otros —el infierno— son el mal y que el ser humano es intrínsecamente malvado. No es que el poder corrompa y que el poder total corrompa totalmente, es que el hombre ya está corrompido al nacer porque todas sus asociaciones son relaciones de poder: en el sexo, en la familia, en la sociedad. Todavía más: genéticamente, antes que racial o socialmente, el hombre es de veras un animal enfermo: de crueldad, de avaricia, de vanidad y de lujuria de poder finalmente. Toda esa perversión innata crea su sed de posteridad, de inmortalidad, y en términos políticos, su hambre de historia. El hombre es el único animal que en el desierto eterno cree que los espejismos políticos son reales, que la historia es un oasis.

Es necesario hablar ahora del estilo en que está escrito este *Retrato* porque mucha gente ha hablado del estilo de Franqui como si lo descubrieran: algo no necesariamente nuevo pero sí inusitado. Tengo que admitir que pese a su sencillez algunas frases de Franqui suenan tanto a Lezama Lima que debo preguntarme ¿no será este un ritmo escrito típico cubano, como el son que sonaba antaño y todavía suena y resuena? La adjetivación, la disposición de los verbos al final de la frase, la contorsión del periodo y los nombres co-



munes tienen una característica idiomática nativa, una cubanía esencial que antes han hecho suya Martí, Lezama y ahora Severo Sarduy: escritores los tres de una gran complejidad, de escritura barroca, de riqueza amanerada. Quiero tanto volver a un estilo tan vetado porque no es la primera vez que Martí y Lezama y Sarduy son castigados por violaciones de una lengua que invita constantemente al rapto en lo cerrado. Curiosamente Franqui, en las antípodas, parece insertarse en esa tradición cubana que no tiene nada que ver con el barroco español ni aun con los respectivos injertos viejos españoles en el ancestral árbol americano. Otras veces (como cuando Franqui cuenta cómo era una antigua fiesta de vísperas de Navidad en la Cuba colonial, la Nochebuena criolla hoy abolida por no ser suficientemente soviética) recuerda extrañamente a las infinitas enumeraciones de Silvestre de Balboa, poeta del siglo XVII, quien en su *Espejo de Paciencia* se convirtió, él que era esencialmente español, en modelo de poeta cubano, popular y erudito, ingenuo y astuto, mediocre pero a la vez espléndido, operando no como descubridor poético ni como conquistador del verso ni como colonizador de épicos ejercicios insulares, sino como el creador de Cuba mediante nombres numerosos, listas y versos. A este poeta primitivo han regresado muchos poetas sofisticados de la isla. Pero nunca tanto como en Franqui ahora la prosa (si bien alineada casi como en versos) se ha parecido tanto a Silvestre de Balboa, paradigma poético pero prosista que nunca existió.

Conociendo lo importante que ha sido siempre la poesía para Franqui (y no solo como lector) no me extrañaría que la convergencia fuera deliberada. Pero luego reflexiono y pienso lo contrario: estos (los de Balboa y Franqui) son en realidad sistemas poéticos afines que se ignoran mutuamen-

te como universos paralelos. Balboa por razones obvias (lleva muerto varios siglos), Franqui porque no escogería, en su fraseología italianizante, *practicare un dialogo dei massimi sistemi*. Lo que sí es evidente es que con este libro Franqui se coloca de un salto en el mismo plano retórico que otros poetas cubanos del siglo y políticamente navega en la corriente de confesiones personales que llevan más a Rousseau que a San Agustín. Pienso en el mismo Trotsky, en Milovan Djillas, en el primer Koestler, todavía en Semprun. Pero la política pasa y a pesar del Dante es la poesía la que queda. La historia, claro, tampoco es importante. Aquí ni siquiera cuenta porque Franqui ofrece lo contrario de un libro histórico, que es un desarrollo, sino un retrato, que es la forma más evidente de la stasis. Nada se mueve en un retrato, foto o pintura y no hay ni *discorso proprio*. Lo importante en el libro son esas frases convertidas en líneas, esas líneas suspendidas solas, como inverosímiles péndulos de Galileo, y esos rípios de prosa que se revelan, al poco rato, como pura poesía. Pienso que Lezama, en su paraíso, dantesco, aprobaría. "Cuba está frustrada en lo esencial político", fue una de sus frases favoritas (¡y favorita de Franqui!), implicando el poeta que todavía quedaba en la poesía el reino que él ocupaba, que ocupa: los usurpadores fueron los otros, esos líderes políticos que eran (y son) meros malos malabaristas: todas sus naranjas ruedan por tierra. Franqui casi adopta esa frase de Lezama como divisa de tanto repetirla. Pero también Cuba se ha frustrado en lo elemental histórico, pasa a demostrar Franqui, lúcido, enseguida. Sin embargo, extrañamente (digo yo) Cuba se ha realizado en lo experimental prosaico aun antes de ser nación. Martí, Lezama, Virgilio Piñera, Carpentier también, Lino Novás Calvo, Sarduy, Arenas y ahora Franqui inventan la literatura en cada libro y esa invención intenta ser el movimiento poético perpetuo de la prosa. Finalmente *Retrato con Fidel a fondo* (perdón, *Retrato de familia con Fidel*: la poesía relegada siempre a la política) no es un testimonio. Es un matrimonio del tierno tiempo y la horrible historia.

Este libro espléndido será atacado (lo sé bien) furiosamente, con estruendo o por ausencia —que son las formas que toma la furia política. Lo asaltarán en los círculos concéntricos cubanos y (de viva voz) en ese círculo simple que es Miami: no hay que olvidar que Franqui es un revolucionario que no cesa. La eliminación escrita corre pareja con la eliminación visual de Franqui al fondo de la foto. También tratarán de vacarle el vacío en otras partes porque poetiza no un burdo agente político ni un hombre amargado ni un exiliado profesional, sino un poeta campechano y campesino, siempre alegre. Uno de esos ataques, previsto, escuchado incluso, va dirigido precisamente contra el estilo de Franqui, contra esa forma de escribir suya que es una manera de decir idiosincrática, única, y en cuya originalidad nunca insistiré bastante. Se podría argumentar que el estilo es el hombre y todavía ir más lejos y decir que el estilo es la historia. La historia, ya se sabe, no es más que un libro titulado *Historia*. En este caso la historia de Cuba (de Fidel Castro en su silla turca: en su retrato) es el estilo de Carlos Franqui. Castro, mezquino, existe sólo para sobrevivir en una línea de Franqui, generoso. Franqui, incluso, con su foto tiranizada para aniquilarlo, podría haber hecho suya la última forma que adopta la venganza y reclamar en pago toda la carne del Castro histórico. Me parecería de una justicia perfectamente poética.

GCI.